

sobre la relación alma y cuerpo (Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes), y el modo en que esas reflexiones clásicas inciden en la concepción eclesiológica del Cuerpo de Cristo (capítulo 3). Seguidamente analiza la posición de la Reforma y la respuesta de la eclesiología bellarminiana y su posteridad en la teología católica (capítulo 4). La tercera parte aborda la aportación del card. Journet, quien aplicó con agudeza la relación cuerpo y alma en sus reflexiones sobre el «alma creada» (la caridad) y el «alma increada» (el Espíritu santo) de la Iglesia (capítulo 5); y la coextensividad del «alma» con el «cuerpo» eclesial (capítulo 6). Finalmente, la autora muestra la relevancia de esta reflexión para

abordar la identidad entre Iglesia y Cuerpo de Cristo, la cuestión de la pertenencia a la Iglesia y la salvación, la «presencia de Iglesia» en los no cristianos y en sus agrupaciones religiosas, etc.

Es discutible que la noción de Cuerpo de Cristo, a juicio de la autora, «preceda» teológicamente a la de Pueblo de Dios (p. 45). No estamos seguros de que plantear la relación entre ambas nociones en términos de precedencia sea la perspectiva adecuada. No obstante, la investigación de Diriarit constituye una aportación estimulante, y sustancialmente acertada, para la eclesiología actual.

José Ramón VILLAR

Mauro PIACENZA, *El sello. Cristo, fuente de la identidad del sacerdote*, Madrid: Palabra, 2011, 154 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-9840-522-4.

El autor, el cardenal genovés Mauro Piacenza, es Prefecto de la Congregación para el Clero desde el 7 de octubre de 2010. Este breve libro publicado originalmente en italiano en el año 2010, reúne varias intervenciones del cardenal entre los años 2009 y 2010 (un retiro para seminaristas, diversos encuentros con el clero y conferencias en congresos) en torno a la identidad del sacerdote: su vocación y su misión en la Iglesia.

La dimensión esencial que configura la vida del sacerdote –el sello– es el sello sacramental que recibe el día de su ordenación, un sello que abre la vida del nuevo sacerdote a un don recibido de Dios y señala y garantiza su pertenencia a Cristo y su configuración con Él.

El libro recorre, con claridad, optimismo y fidelidad a la Tradición de la Iglesia, algunos elementos esenciales de la vida sacerdotal. Podríamos destacar algunos de los contenidos más interesantes.

¿Cómo se custodia la vocación sacerdotal? Se custodia en el afecto a Jesucristo cultivado en la oración personal; un afecto que impulsa a la radicalidad y totalidad de la entrega. El sacerdote no debe dejar de lado nunca la oración, resulta un «elemento absolutamente indispensable para custodiar la vocación, para conocerla, para alimentarla, sostenerla, preservarla...», en una palabra, ¡para amarla!» (pp. 20-21).

Es interesante la referencia explícita y subrayada por parte del autor sobre la formación humana del sacerdote. Ésta evita el peligro del dualismo (la vida espiritual por un lado y la vida material por otro) e inserta la fe en la propia existencia cotidiana (p. 25). La formación humana del sacerdote se articula inseparablemente con la certeza de la filiación divina: saberse amados por Dios da seguridad y estabilidad a la propia vida sacerdotal (p. 26). En esta misma línea, señala el autor, no se debe descuidar la cordialidad y el trato educado (p. 29).

El contacto personal con Cristo (pp. 29-30) en la oración y en los sacramentos constituye el eje central de la vida del sacerdote. Su trabajo pastoral no resulta de una técnica más o menos estudiada y asimilada; la pastoral, sobre todo, nace del Corazón de Cristo (p. 34). El sacerdote se hace también voz pública de la Iglesia que ora a Dios con el rezo del Breviario (pp. 73-75).

Con extraordinaria claridad y sencillez el autor saca a la luz la sutil tentación que aparece a menudo en la vida del sacerdote: la autosuficiencia y de la desunión. «Cuando expresamos reservas subjetivas e infundadas sobre el Magisterio, sobre las decisiones y actuaciones del Santo Padre y de la Iglesia, del Obispo y de nuestros superiores, en realidad nos anteponeamos nosotros mismos al Señor, damos precedencia a nuestro corto y parcial punto de vista sobre la sintética y global visión de la Iglesia» (pp. 76-77).

Algo esencial en la vida del sacerdote es, sin duda, la Eucaristía bien vivida, con unción y respeto, viviendo personalmente

el encuentro con el misterio, dando prioridad al Señor, conscientes de que «no somos nosotros quienes salvamos al mundo» (p. 83). El sacerdote debe hacer vida en él mismo las palabras de la consagración de modo que, con Jesucristo, pueda decir también con verdad sobre su propia vida... «que se entrega por vosotros» (p. 92).

En definitiva, recuerda el autor, la fuente de la identidad del sacerdote es Cristo y la vida de unión con Él. Éste es el sacerdote que necesita la Iglesia y el mundo: «un sacerdote enamorado del Señor, de la Iglesia, de la Santísima Virgen, Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles, y de su propia vocación, se convierte en rayo de luz» (p. 151).

Este breve pero intenso libro resulta una estupenda lectura, llena de amor al sacerdocio, escrito con claridad y optimismo, en continuidad con el magisterio de Benedicto XVI. De gran interés, sin duda, para seminaristas y sacerdotes.

José Manuel FIDALGO

Laurent TOUZE, *L'avenir du celibat sacerdotal et sa logique sacramentelle*, Paris: Parole et Silence, 2009, 281 pp., 15 x 23,5, ISBN 978-2-283-61091-6.

El autor, profesor asociado de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, aborda en primer lugar la cuestión desde sus orígenes históricos, sobre todo a partir de los últimos estudios de Christian Cochini y Stefan Heid (cfr. pp. 15-22), donde se muestra que los ministros de los primeros siglos –casados o no– estaban sujetos a la ley de la continencia. Sin embargo, esta razón histórica resulta insuficiente si no está iluminada también por razones teológicas, afirma el autor. En este sentido, rechaza tanto considerar el celibato como una tradición apostólica *strictu sensu*, como hacer de ella una venerable tradición antigua que no tendría

implicación alguna en el momento actual. Es decir, hacer del tema del celibato una mera cuestión histórica que pertenece a un momento superado dentro del decurso temporal. Sí lo será sin embargo en sentido estricto en el caso del obispo –sigue diciendo–, por lo que –al proponer el Vaticano II la sacramentalidad del episcopado y la unidad entre obispos y presbíteros– se podrían mantener unidas las respectivas disciplinas en torno al celibato (cfr. pp. 22-27). Sin embargo, afirma Touze, el motivo fundamental será teológico, y no meramente canónico o histórico: por un lado recuerda y analiza el carácter nupcial de la entrega en